

## Un morroi chino con un higo en la coleta

**Raúl Guerra Garrido**

● Ipso Ediciones ● Pamplona 2018 ● 88 páginas ●

El morroi era un criado del tiempo del mayorazgo, bien integrado en la familia en la que servía y la presencia china no era tan exótica entonces en el País Vasco como puede parecer a primera vista. Raúl Guerra la utiliza como pie para escribir un ensayo sobre Pío Baroja, dentro de una colección original y meritoria emprendida por el editor Joaquín Ciáurriz y que se agrupa precisamente bajo el título de *Baroja y yo*.

Así que esta circunstancia nos da ocasión una vez más para escuchar la voz estimulante y llena de sugerencias del presidente de los farmacéuticos de letras y artes a quien, desde luego, no es necesario presentar en las páginas de Pliegos de Rebotica que él mismo vio nacer en los años setenta. Y la primera posibilidad que su nuevo texto procura es la de volver a alguna novela del escritor donostiarra de la llamada Generación del 98, aunque su memoria haya tenido que soportar últimamente críticas adversas, ceñidas esta vez solo a su peculiar literatura.

Las novelas de don Pío ocupaban un buen espacio en la biblioteca familiar de los Guerra y *los pilotos de altura* se convirtieron en el primer encuentro con dos marineros, traficantes de esclavos, llamados Embil y Chimista que luego serían seguidos por un sinnúmero de hombres de acción y de hombres inquietos. Aquel adolescente que fue Raúl ya se había topado antes con *Salgari*, con *Moby Dick* y con la vertiente marina de Julio Verne pero a partir de aquel libro comenzaba una relación duradera con Baroja. Tras una larga estela de lector y escritor esta publicación resulta el mejor ámbito para hacérsela conocer.

El escritor y el personaje son uno y son dos. Se conservan varias fotos, y al menos una estatua, de los paseos por el parque del Retiro. Allí está don Pío Baroja, un tanto melancólico tocado por su boina. Raúl Guerra pudo haberle conocido pero no encontró una ocasión suficientemente propicia. Años más tarde sí que entabló amistad con Julio Caro Baroja con el que compartió tertulias en el Ateneo de Madrid y el recuerdo todavía amargo pero ya indoloro de haberse visto excluidos, por quien debiera ampararlos, de una colección de libros de autores vascos contemporáneos traducidos al inglés.



Ya se sabe que el juego erudito es muy del agrado de Guerra Garrido. Con frecuencia le vemos navegar en su mesa por varios tableros y en uno de ellos reaparecerá Julio Laso Barriola, el enigmático escritor imaginado y ahora desvelado en su inédita *Breve historia de Eibain*. Se aclara finalmente su vinculación fónica con el autor de *El laberinto vasco* y ellos, los Baroja, cobran una deuda de gratitud.

Desmonta Raúl la crítica referida a la presunta despersonalización de los actores secundarios de Pío Baroja a los que se califica de meros testigos o simplemente de figurantes. Frente a un estilo considerado corto e incluso pobre, Raúl insiste en la vitalidad narrativa que lleva a las historias hacia una progresión constante. Cada episodio, cada anécdota contribuirá a la creación de un mundo propio, con frecuencia sombrío, beligerante siempre.

Para terminar se acerca a la tesis del joven médico y novelista. En la imprenta madrileña de Diego Pacheco Latorre se publicó en 1896 "El dolor; estudio de psicofísica". Con su defensa obtuvo el grado de doctor y a los ojos de hoy parece antes una lección magistral que una verdadera tesis académica puesto que no va acompañada por datos de laboratorio o investigación clínica alguna. Es significativa de la postura de un hombre ante la vida y de una cierta tendencia a la abstención en caso de duda que todavía daña el prestigio del que fuera gran narrador de un tiempo real y a la vez imaginario. ■